



Presa de Santillana

Asimismo Ramón Gómez de la Serna, desdeñosamente, describe a Getafe de la siguiente manera:

«En este pueblecillo indeterminado, insignificante, perdido como por un raro espejismo del desierto.»

No ha tenido suerte Getafe en la literatura española; este pueblo, que hoy en día es uno de los más industriales de la provincia. Si lo vieran ahora aquellos famosos escritores, no dirían como dice Antonio Hurtado de Mendoza en su «Entremés de Getafe»:

“Calle de Getafe,
gigante Pardo,
galería de polvo,
golfo de barro.”

Pero no todo van a ser burlas y críticas hacia este pueblo getafeño. También poseía sus cualidades, de

las que los Reyes de España sabían apreciar, como según relata Barrionuevo en una de sus citas:

«El Rey está todavía en el Retiro, que la Reina gusta mucho de aquel paraje y desenfado. El domingo que viene le hacen los labradores de Getafe una comedia, a instancia del Marqués de Liche, que será de ver por lo ridículo y tosco de los personajes.»

Ya en aquellos tiempos Getafe se iniciaba en la industria, siendo descrita la del paño por Pantaleón de Ribera de la siguiente forma:

“Quantas atezó bayetas
en los tintes de Getafe,
sevillano mercader,
segoviano mercadante.”



Manzanares el Real

Hasta el género chico llegó la fama de Getafe, de la pluma de aquel gran sainetero que fué Ricardo de la Vega y que bajo el título «De Getafe al paraíso o la familia del tío Maroma» se estrenó en Madrid, con música del maestro Barbieri, mas no por descripción propia del pueblo, sino por ser naturales del mismo los protagonistas, que representaban unos exagerados paletos.

Quien mejor describe a Getafe es Ciro Bayo, en «El Lazarillo Español», describiéndolo de la siguiente manera:

«Vamos a Getafe. El camino se despliega al través de un ancho sequeral, sin más relieve que un cerro aislado a lo lejos, el «de los ángeles», el ombligo de España, así llamado enfáticamente porque se le con-

sidera el centro geográfico de la Península, y una pequeña colina donde se levanta Villaverde, nombre que es una lástima aplicarlo a un caserío, cuya campiña está mermada y esquilada por líneas de ferrocarril, carreteras, caminos vecinales, caleras y tejares, sin un árbol que los sombree.»

Como se puede apreciar, las más ilustres plumas de nuestra literatura se ocuparon en su día en describir a este Getafe que, gracias a su industria, ha sufrido una gran transformación en los últimos años.

Hoy sus calles se encuentran limpias y brillantes, su panorámica ha cambiado totalmente y sus mujeres, sin perder ese aire desenfadado y gracioso, son un dechado de hermosura que engalana aún más, si cabe, la prestancia de este moderno pueblo madrileño.



Castillo de Manzanares el Real



Móstoles: Monumento al Alcalde D. Andrés Torrejón

Si Tirso, Góngora, Hurtado de Mendoza y tantos otros autores afamados volvieran a pisar Getafe, con toda seguridad que de sus plumas saldrían las mejores loas, fruto de sus grandiosas inspiraciones.

LEGANES

La literatura y la poesía han mencionado constantemente a casi todos los pueblos de la provincia de Madrid, algunos por su historia, otros por su cultura, sus costumbres, sus paisajes o por la fama o popularidad dada por algún autor al crear un personaje en sus obras. Como ocurre con Cervantes, al crear a Don Quijote; a Quevedo, con Pablos, en la «Vida del Buscón», etc.

De igual manera, Leganés debe parte de su fama gracias a un curioso personaje, que siendo tosco, sin haber recibido enseñanza alguna, tenía la rara habilidad de contar sin conocer la aritmética. Los autores de la época lo recuerdan en sus citas, dando asimismo popularidad al pueblo donde residía, Leganés.

De este personaje, llamado Juan de Leganés, hace referencia Luis Zapata en su «Miscelánea»:

«Lo mismo dicen que hacía en Madrid pocos años ha un Juan de Leganés, labrador rústico de aquel pueblo, casi mocete y bono, sin ningún género de

letra, ni de escribir, ni leer. Le experimenté y le pregunté cuentas, que en dos días un gran contador no acertara, y el Leganés, sin dudar ni pasar, las hacía.»

También Francisco de Quevedo cita en una de sus obras la habilidad matemática de este curioso personaje:

«Los rufianes hicieron la cuenta y vino a montar sesenta reales, que no entendiera Juan de Leganés la suma.»

La poesía también tiene en cuenta a este modesto pueblo madrileño, y Luis de Góngora, aunque de forma alusiva, le dedica unos versos:

“A la fuente va del olmo
la rosa de Leganés,
Inesica la hortelana,
ya casi al anochecer.”

Asimismo Arias Pérez, al igual que Góngora, hace una lírica descripción de la mujer de Leganés:

“Villana de Leganés,
segundo abril de la Corte,
que a Madrid llenas tan verde
los años como las flores.
Que sencillamente hermosa
los engaños desconoces
de vn aplauso que florido
también caduca a la noche.”

Entre Pozuelo del Rey y Alcalá de Henares se halla la villa de Loeches. La fama de este sencillo pueblo se debe a las aguas medicinales que allí brotan y el haber servido de refugio a don Gaspar de Guzmán, Conde de Olivares y Duque de San Lúcar la Mayor, caído en desgracia con el Rey Felipe IV en el año 1643.

El ilustre médico y gran escritor don Gregorio Marañón, evocando el destierro del Conde-Duque, hace una descripción del pueblo de Loeches, con un gran contenido de verismo y realidad de los que era maestro:

«Población pequeña..., con casas de tierra y algún yeso, campos pobres de cebada, viñas y olivos y escasa leña en los montes próximos. Cuando los Condes de Olivares lo eligieron como lugar para su recreo y descanso..., existía en él un convento de Carmelitas Descalzas, fundación de don Iñigo de Cárdenas y Zapata, señor de la villa, de cuyos testamentarios la adquirió el Conde-Duque. La visita a este convento, muy humilde, debió de sugerir a don Gaspar y a doña Inés la erección de otro más lujoso; y así lo hicieron, frente a aquél, quedando los dos unidos por el edificio de vivienda de los dueños y entre los tres una gran plaza. Loeches está en una región tan desamparada y con tan pocos motivos de amenidad, que no puede pensarse más que una inclinación ascética al retirarse en él. El espíritu extremadamente religioso de ambos esposos les inclinaba a un lugar de meditación y de silencio...; acaso, en los alrededores de Madrid, ninguno puede superar en este rigor del paisaje a Loeches. Cerca está la Vega del Henares, frondosa, pero entonces poco habitable por la plaga del paludismo. Loeches, sobre una colina pelada y sin más horizonte que las estribaciones, pobrísimas, de la Sierra de Guadarrama, no tenía otras amenidades que aquellas que el espíritu castellano encuentra para el alma cuando el cuerpo carece en absoluto de sus fruiciones todas.»

¡Qué gran descripción y narrativa la del ilustre don Gregorio! ¡Con qué realismo escenifica el lugar y la historia del mismo!

También Ponz, en su peregrinar por los pueblos de la provincia madrileña, hizo escala en Loeches para admirar los cuadros de Rubéns, perdidos para España en la guerra de la Independencia, y que los juzgó:

«... como lo más bello que puede verse de aquel célebre artífice en lo acabado, expresivo, bien compuesto y colorido.»

Asimismo el autor francés Bourgoing, extasiado ante la belleza de los cuadros de Rubéns en el convento de Loeches, escribe en su «Tableau de l'Espagne Moderne»:

«... riqueza de composición, colorido brillante, vivacidad de expresión y descuido en el dibujo.»

Al igual que San Lorenzo del Escorial debe toda su fama al Monasterio, Manzanares el Real lo debe a su castillo. Construído y fundado por los señores De Mendoza, oriundos, según los historiadores, de tierras alavesas con ascendencia de Asturias, de Santiyllana, se quedaron en la provincia consiguiendo en ella títulos y honores y dejando una descendencia de ilustres personajes. Todos ellos eran grandes amantes del arte, siendo al mismo tiempo espléndidos y generosos, haciendo honor a su lema: «Dar es señorío; recibir es servidumbre».

Don Iñigo López de Mendoza, primer Marqués de Santillana, fué el primer cantor de nuestra Sierra madrileña y un gran constructor. Ya su padre, el almirante don Diego, era considerado «no sólo como un hombre de «sotil ingenio», sino «aficionado a hacer edificios, haciendo muy buenas casas». Así lo describe Fernán Pérez de Guzmán en su obra «Generaciones, semblanzas y obras».

Manzanares, en su pleno apogeo, lucía en todo su esplendor siendo admirado en el siglo XII, según lo describe el P. Pecha en «Historia de Guadalajara»:

«Cabeza del Condado del Real..., es un lugar, aunque pequeño, de mucha recreación, muy sano, aunque frío en invierno... Quiso el Marqués (se refiere a don Diego, luego Duque del Infantado) hacer sus habitaciones en él, y para eso labró casa para vivienda; y como en aquellos tiempos había temores de guerra en todas partes, quiso, para defensa de su persona, hacer casa fuerte. Labró allí una fortaleza, toda de piedra y sillería y mampostería, con cuatro torres a las cuatro esquinas y torre del homenaje, con cuatro cuartos (crujías) alrededor...; columnas admirablemente labradas, los techos dorados, el patio muy proporcionado a la capacidad del edificio. No hizo jardines porque toda la villa estaba cercada de jardines y huertas.»

Pocos literatos se ocupan y lo mencionan en sus obras, pero sin embargo, el Alférez Francisco de Segura, en sus poemas «Primavera y flor», hace un canto en honor de sus mujeres serranas:

«Serranas de Manzanares,
yo me muero por Inés,
cortesana en el aliño,
labradora en guardar fé.
De cuyos ojos honestos
se dejó el amo vencer,
que aunque su color es pardo
es más bello que Aranjuez.»

Ciro Bayo, de un gran sentimiento descriptivo, al escribir en «El Lazarillo Español» sobre el río Manzanares, mencionando sus desoladas riberas, hace alusión a la grandeza y esplendor que el pueblo tuviera en otros tiempos:

«¿Quién diría que sus orillas estuvieron pobladas tiempo atrás de frondosas alamedas, amenos sotos y praderas, plácidas huertas y misteriosos retiros, donde el alegre pueblo de la villa celebraba romerías,

verbenas y fiestas nocturnas, a las que acudían en tropel desde el último vasallo hasta el mismo Monarca, acompañado de los más encopetados señores y de las más hermosas damas de su Corte en lujosas carrozas?»

No sólo se debe al castillo la fama de Manzanares el Real; el río que lleva su nombre y que baña aquellos lugares ha sido cantado por prosistas y poetas. Famosos eran los baños, donde la Corte iba a menudo para recrearse en ellos. Muchos son los literatos y cronistas que han escrito sobre estos famosos baños que, normalmente, se realizaban el mes de julio.

Barionuevo, en estilo quevedesco, hace una descripción de los mismos:

«Domingo, día de Santiago, fué apacible y templado, de mar a mar el río de coches y de hombres y mujeres en pelota, medio vestidos y desnudos, que con la diversidad entretenían y haciendo renacuajos entre arena y merendando en isletas y bajíos que se levantaban.»

El mismo Francisco de Quevedo, haciendo alusión a la no existencia del traje de baño, entre la gran cantidad de gente que lo frecuentaba, comenta:

“Yo tan de ropa aliviado,
que pudiera retratarse
un nadador cuando acaba
de dejar el Manzanares.”

Son tan escasas las citas y menciones literarias que se han escrito sobre Manzanares el Real, que todo se condensa en lo propiamente histórico referente a su castillo y al río Manzanares que lo baña. Del pueblo en sí, como ya queda apuntado, nada sobresaliente que se pueda reseñar en el aspecto literario.

M E C O

Entre los pueblos de Fresno de Torote y Daganzo, se halla situado Meco. La fama de este pueblo, bañado por el río Henares, era debido a lo pendencieros que eran sus habitantes o, por mejor decir, sus mozos, que siempre estaban a las vueltas con los de otros pueblos, especialmente con los de Alcalá de Henares, en donde salían a relucir los garrotes con harta frecuencia.

También eran famosos los de Meco por la puntería y habilidad que tenían en manejar la honda, que, como es sabido, se trata de dos correas, más o menos anchas, en cuyo centro se halla ligado a las mismas un trozo de cuero. Tan grande era su habilidad, reconocida en toda la comarca, que sólo se reconocían ser superados por el bíblico David, que derrotó con un arma igual a Goliat.

De su fama de pendencieros y de todas estas cosas nos habla León Marchante, que escribió el relato de una fiesta taurina y su lucha con los mozos de Alcalá de Henares:

“Pus pintar los toros no se escusa
que tuvo Meco...
Oy es preciso renegar de Meco.”



Meco, que en la opinión que corre y buela,
lugar es de la flor de la canela,
donde (por ser solar de los Garrotes)
Periquito nació, el de los Palotes;
Meco, cuyos varales con las gentes
suelen andar corrientes y molientes.”

Respecto a su fama de honderos, continúa Marchante:

“Y si acaso tieraban a una ceja,
aunque brutos no erraban vn cabello.”

Pero los de Alcalá no se arredran y se envalentonan:

“A este tiempo de Meco los vecinos,
si coléricos van, buelven sanguinos,
apelan a la fuga...”

Terminando victoriosos la feroz lucha:

“Dexando en Meco, ya reconocidos,
con sólo vn muerto, más de veinte heridos;
y llevando Alcalá, de golpes ciertos,
ningún difunto, pero muchos muertos.”

Así termina León Marchante su burlesca cita del pueblo de Meco.

MIRAFLORES DE LA SIERRA

Quintano Ripollés, gran conocedor e historiador de los pueblos de la provincia de Madrid, en su «Biografía de un Partido Judicial», nos inicia en el nacimiento de este pueblo de Miraflores, donde los excursionistas madrileños gustan de pasar un día agradable; de él nos dice en su obra:

«En cuanto a Miraflores, ya dijimos se denominaba Porquerizas cuando, fundado por segovianos en 1247, formaba parte del Real. Nombre tan desafortunado fué cambiado por obra y gracia de doña Isabel de Borbón, primera mujer de Felipe IV. Camino de La Granja, en un frío pero despejado día de otoño del mes de noviembre de 1627, quedó encantada ante la vista del paisaje de Miraflores, al hacer un alto en el lugar que desde entonces se llamó «Parada de la Reina», al pie del Pico de la Najarra. Dícese que exclamó, dirigiéndose a su acompañante: «Mira, flores», y al preguntar el nombre del pueblo y enterarse tenía el poco atractivo de Porquerizas, mandó se cambiara éste por el de su primera exclamación, convertida en sustantivo. No cabe duda que la Reina denotó tener exquisito gusto poético e idea de la realidad, dada la belleza del lugar.»

También José Manuel Pita Andrade, en «Itinerarios de Madrid, en el tomo dedicado a la «Tercera visita a la provincia», hace una somera descripción de Miraflores de la Sierra, diciendo:

«... por la carretera que conduce a Miraflores de la Sierra (16 kilómetros de Manzanares), atravesando zonas muy pintorescas, particularmente en las proximidades de este pueblo. Centro de una nutrida colonia veraniega, a 1.500 metros sobre el nivel del mar,